

SER PRESIDENTE

TRADUCCIÓN DE MARIO OJEDA REVAH

—¿QUÉ HA ENCONTRADO DE SORPRELENTE EN EL MUNDO DE los poderosos?

—Me doy cuenta una y otra vez de lo tremendamente importantes que pueden ser las características personales de un político, sus relaciones y animosidades mutuas, la influencia política tan inmensa que sus cualidades, buenas y malas, puede ejercer sobre las vidas de millones de personas. Esto, me parece, es una experiencia sorprendente y hasta cierto punto perturbadora, y no sólo es cierto en cuanto hace a nuestra escena política nacional, sino a la escena internacional también. No hace mucho vi una producción del National Theatre del *Rey Lear* en Londres. Tras mis experiencias como presidente, la obra me habló en términos completamente distintos. Después de todo, una de las cosas sobre las que el *Rey Lear* trata es cómo una disputa familiar puede terminar en la división de un reino.

—¿Está trabajando en una obra teatral que tiene lugar en el ámbito presidencial?

—Por pura coincidencia tenía en marcha una obra semejante en 1989. Después de la revolución me deshice del manuscrito, pero quizás algún día vuelva a retomar ese tema. La obra versaba sobre el mundo de los poderosos y aun cuando en ese tiempo era poco lo que sabía acerca de ese mundo, ya que no me movía en esos círculos, me emocionaba de una manera extraña. Lo que me atraía era el tema de dejar el poder, la medida en que el mundo de los poderosos se desploma cuando son expulsados del poder. Más de una vez, al escribir piezas teatrales, me he encontrado a mí mismo apuntando hacia algo que estaba todavía por venir... lo cual no es mi mérito particular, sino que proviene del misterio mismo del teatro.

—¿En qué medida se desplomaría su propio mundo en caso de ser expulsado del poder?

—En lo más mínimo.

—Michael Kocáb nos dijo, medio en serio, irónicamente, que el nuevo régimen lo había destruido como artista porque lo había despojado de sus temas. ¿Se encuentra Ud. como dramaturgo en una posición semejante?

—En realidad, hace unos cuantos días tuve una reunión con mis compañeros, dramaturgos y otras gentes de teatro; era la continuación de otro encuentro que tuvimos antes de noviembre de 1989. Durante toda esa tarde, hablamos precisamente de ese tema —acerca de si teníamos o no todavía algo

sobre qué escribir. Me parece que la nueva era ha hecho accesibles un inmenso número de temas nuevos. Los puedo sentir importunándome, imponiéndose sobre mí, tentándome... Sin embargo, mis colegas que tienen más tiempo libre para escribir, estuvieron en desacuerdo conmigo y dijeron que era una cuestión de años, que un tema debe permanecer en estado de latencia dentro del espíritu por algún tiempo antes de que pueda ser transformado en una buena obra de teatro. No obstante, tengo la sensación de que sabría inmediatamente sobre qué escribir.

—¿Y acerca de qué lo haría?

—Actualmente estamos presenciando cosas notables que suceden a nuestro alrededor. Me gustaría particularmente delinear el fundamento existencial básico —no sólo el miedo al futuro, o el miedo a la libertad, sino que estamos comenzando a ver el miedo a nuestro propio pasado. Es un tema que emerge en el problema conocido de la "limpieza" —es decir, la verificación de los registros que de la gente tenía la policía secreta. Toda la sociedad estaba atrapada en sus redes. Ésta ha desgarrado las redes y se ha deshecho de ellas. Sin embargo tiene miedo de reflexionar sobre su propia participación pasada. Eso, me parece, es teatralmente hablando muy emocionante.

—¿Podría ser más específico?

—Simplemente imagine a alguien que fue molestado durante toda su vida por la policía secreta, y que ha aprendido a actuar evasivamente, a prevaricar y a ser ambiguo. Finalmente, piensa que acaba de escapar de sus garras, que ha conseguido engañarlos exitosamente. Después de la revolución, esta persona siente una enorme sensación de alivio; ahora puede respirar con facilidad porque ellos, la policía secreta, no lo podrán molestar más... Y entonces, de repente, surge un nuevo temor: esta persona escucha cómo, uno tras otro, quiénes estaban señalados como colaboradores juran que jamás lo fueron, que alguien los puso en una lista sin su conocimiento, que mediante una única reunión en un café fueron inscritos en una lista de candidatos para colaborar secretamente o algo peor, a fin de que algún policía pudiera llevarse el crédito.

—Mucha gente está ansiosa por someterse a la expiación a fin de dejar limpios sus nombres.

—Esto me recuerda una historia graciosa, sucedió aquí en el Castillo (de San Wenceslao), durante una reunión: alguien me hizo entrega de un grande y misterioso sobre de aspecto oficial, sellado y estampado. Un pedazo de papel que estaba pegado al sobre decía: "Vaclav Havel, nacido el 5 de octubre de 1956." Y después seguía una fecha, digamos el 4 de

Esta entrevista fue recientemente realizada en Praga por Dana Emingerová y Luboš Beniak, y publicada en la revista *Mladý Svět*.

mayo de 1965—CANDIDATO. Y después otra fecha, por ejemplo el 17 de abril de 1967—ACEPTADO. Sentí que se me helaba la sangre. Cuando abrí el sobre, descubrí que alguien me enviaba unos documentos que confirmaban que me había convertido en candidato para la Unión de Escritores, y la fecha en que había sido aceptado como miembro. Pero esa sensación, ese congelamiento de la sangre que sentí cuando vi el sobre —ese es exactamente el fenómeno del cual estoy hablando, y como una las miles de cosas que podemos observar a nuestro alrededor, es exactamente lo que me interesaría en una obra, la situación de alguien que sintió que había sobrevivido ileso al sistema y que súbitamente se aterra de pensar que tal vez no lo haya hecho así después de todo.

—¿Qué le preocupa o le da más miedo?

—Para ser franco, no me afecta tanto, ni física ni personalmente, el temor de que las cosas no salgan bien para este país, de que el gobierno y el parlamento se desplomen, de que el país se haga pedazos, de que haya huelgas gigantescas, crisis sociales, caos, de que dictadores se abran camino y cosas por el estilo. Si tengo miedo de algo, es de que no sea capaz de hacer los movimientos necesarios dentro de esta misma inestable escena política, de cumplir las tareas a las que me he comprometido, de cumplir las expectativas que penden de mí estancia en este cargo. Esto es algo que podría denominarse como pánico escénico. Cuando me encuentro a mí mismo dentro de situaciones extremadamente complejas, a veces temo no ser capaz de resolverlas. Pero no quisiera que esto sonara a que soy un puñado de nervios, de miseria y que carezco de autoconfianza. Al contrario, esta duda constante así como la constante incertidumbre son las que me llevan a trabajar más duramente y a esforzarme más. De manera que se trate más bien de una característica productiva en términos de sus resultados. Si he logrado algo bueno, entonces ello se debe a que he sido llevado por la necesidad de saber si puedo lograr las cosas que no estoy seguro de tener la capacidad para afrontar.

—Muchos de nosotros nos horrorizamos ante lo que está sucediendo ahora en Eslovaquia. ¿Considera usted que los llamados de los eslovacos a la independencia pueden ser aplazados indefinidamente? Después de todo, esta cuestión siempre ha sido puesta en la mesa en momentos decisivos de la historia de nuestra república.

—No es mi papel frustrar las ambiciones de ninguna nación. No me parece que Eslovaquia desee la plena independencia. Pero si así fuese, tendría el pleno derecho de hacerlo. Sin embargo, los ciudadanos de Eslovaquia tendrían que hacerlo en forma democrática y constitucional.

—Actualmente, los valores que lo llevaron al cargo de presidente están, parecería, alejados de la vida cotidiana. Por decirlo gráficamente: mientras haya un visionario en el Castillo, la gente afuera se patea, unos a otros. ¿Existe acaso un profundo abismo entre sus ideas y la realidad?

—Precisamente, ante esta misma situación me parece que debo una vez más y quizás mucho más que antes, recordar a la gente los valores espirituales, apelar al criterio moral. Aun cuando no llegue a tener ninguna influencia particular en la vida cotidiana, un ladrillo debe ser puesto sobre otro. Siempre he rechazado toda comparación con Masaryk, y no pretendo compararme con él ahora. No obstante, quisiera decir una cosa: los primeros años después del establecimiento de

nuestra república en 1918 fueron, en su ambiente, muy parecidos al período que estamos viviendo ahora. Masaryk no se permitió sentirse horrorizado por esto, nunca se retiró de su actividad académica. Siempre insistió en que las ideas morales habrían, con el tiempo, de llegar a ser apreciadas. En estos problemas, tal vez debiera servirme de ejemplo.

—¿Qué está leyendo ahora?

—*Las personalidades y los problemas de la historia checa*, de Josef Pektas. Me encuentro fascinado por su visión sofisticada sobre la gente y los acontecimientos importantes de nuestra historia.

—Hablando de acontecimientos importantes, ¿cuál ha sido, en su opinión, la mayor distorsión que se ha hecho acerca de los acontecimientos del 7 de noviembre de 1989?

—No me parece que se diga ninguna mentira obvia, sería más bien que aquí y allá la gente está dando su propia versión y pinta sus acciones como si fueran más importantes de lo que en realidad fueron. Una vez más me remitiría al 28 de octubre de 1918, tiempo que he estudiado profundamente. He leído muchas, demasiadas memorias, y una gran cantidad de libros y revistas que aparecieron durante la Primera República. Al pasar el tiempo, el número de testigos oculares genuinos aumentó, y gradualmente, más y más nuevos héroes del 28 de octubre fueron "dados a la luz", cada uno de los cuales jugó un papel tremendamente importante en esos acontecimientos... lo cual es normal y humano.

—Pensábamos más bien en las muy discutidas actividades "tras bambalinas".

—Lo que no está claro, aquello que la comisión parlamentaria ha estado investigando por más de un año, sobre lo que todo el mundo especula, incluyendo al notorio señor Dolejš, es la emoción e inmensamente atractiva idea de que tras los acontecimientos visibles existe una especie de trasfondo secreto que alguien habrá de desenmascarar. No excluyo la posibilidad de que la intervención de la policía [en contra de los estudiantes] el 17 de noviembre ocultara una lucha de poder al interior del partido comunista, que alguien, al ordenar la intervención, intentara desacreditar a alguien más. Pero de nuevo, no me parece que nos encontremos ante un sugestivo misterio detectivesco. Puedo fácilmente imaginar que algunos funcionarios del Partido hayan enviado el mensaje a sus cuadros, de que una acción represiva contra los estudiantes pudiera significar un ascenso en la jerarquía del poder. Y puedo imaginar de la misma manera que algún mando medio que alcanzó a oír por casualidad este mensaje pudo desarrollar todo un escenario a partir de aquél. Pienso que es más una cuestión del número de insinuaciones, recomendaciones e incitaciones que se hacen al respecto, en vez de instrucciones por escrito, que sólo hacen difícil reconstruir... algo parecido a los estados de ánimo psicológicos y ambientales que observo en los acontecimientos políticos aún ahora.

—La antigua policía secreta no sólo está inundando tabloides como el *Express* con su versión de los hechos. Incluso si uno no les cree, de igual forma se las arreglan para sembrar las semillas de la duda... ¿Sabía usted lo que estaba sucediendo tras bambalinas en el asiento del poder durante aquellos días revolucionarios?

—No más que cualquier ciudadano. Es obvio que no tenía ningún micrófono instalado en algún lugar del edificio del Comité Central, o espías, que me dijeran sus tramas o planes.

—En noviembre de 1989 estábamos orgullosos de nuestra decencia de "terciopelo". ¿Estamos regresando a un punto donde la gente decente pierde porque hay ciertas cosas que jamás haría, mientras que los demagogos y los egoístas, que no temen gritar, mentir, o hacer trampa, están ganando?

—En días anteriores, dije varias veces que la sociedad es una compleja y misteriosa creación y que resulta extremadamente imprudente creer en la expresión que nos muestra en un momento dado, por no hablar de considerarla única y verdadera cara. El 28 de octubre de 1918 se desenvolvió de una manera muy parecida al 17 de noviembre de 1989. En 1968, resistimos pacíficamente la ocupación soviética. De cuando en cuando, durante momentos históricos de gran intensidad, nuestra sociedad ha sido capaz de generar una tradición de humanidad, tolerancia y decencia. Pero esta es sólo una de las potencialidades latentes en ella. No importa cuán frustrantes o deprimentes puedan ser la envidia presente, la sospecha, la agresividad, y el egoísmo, esta es una fase que debemos sortear. Un sólo levantamiento dentro de una situación histórica extrema, cuando todo está en juego y en el momento en que la gente puede mostrarse capaz de actuar en armonía, no puede, de un día para otro, borrar la obra de destrucción que ha tenido lugar durante 40 años.

—¿Existía algo en esa "obra" digno de ser rescatado?

—La vida bajo el totalitarismo tenía ciertas ventajas. Estas no se derivaban de su programa, sino, más bien, del hecho de que estábamos asfixiados por el sistema. Y eso despertó ciertas potencialidades en la gente que no serían expresadas en la misma medida dentro de una democracia que funciona normalmente. La crisis de valores dentro de la civilización europea de los países adelantados es muy profunda. Porque nos ha faltado mucho de lo que la gente tiene en los países libres y prósperos, no hemos sucumbido a los fenómenos de la crisis que se derivan de un estado de prosperidad generalizada. No hace mucho hablé acerca de esto con el primer ministro holandés, el señor Lubbers, quien me dijo que el principal problema en su país era el sentimiento de pérdida del sentido de la vida. La generación más joven particularmente está expresando frustración sobre el hecho de que lo tienen todo. Él habló de cómo el apoyo al movimiento de los verdes y la preocupación por el medio ambiente dan a la gente cierto sentido, un objetivo, valores por los que luchar.

—Usted tiene mucho contacto con gente de afuera. ¿Cómo nos ven? Algunas veces pasamos de un extremo a otro en nuestra autoevaluación. Por una parte nos comportamos como si Checoslovaquia fuese el ombligo del mundo, y otras veces tenemos miedo de habernos hundido al nivel de Asia Central sin tener una esperanza de emparejarnos con el resto del mundo.

—Los extranjeros que he conocido son en su mayoría políticos. Aquello que los caracteriza es la cultura, la decencia, la amabilidad, el buen gusto, el tacto —cualidades de las que algunas veces carecen nuestros políticos. Gracias a dichas cualidades, casi nunca encuentro un punto de vista que no sea ambiguo de una u otra forma. Todos ellos —y son gente educada, que conoce la historia— ven a Checoslovaquia como un país que fue parte de la Europa democrática y que, a causa del comunismo, fue desligado de su propio pasado, de sus propias tradiciones. Ellos comprenden que tenemos incontables problemas hoy por buscar nuestra identidad. Por una

parte, tengo respeto por nuestra revolución de noviembre, y por otra, me percaté de signos de una cierta preocupación, comprensión y esperanza de que sabremos resolver nuestras dificultades, porque está en el interés general de toda Europa que los resolvamos.

—Como disidente, usted escribió un ensayo, "Palabras sobre palabras", en el que reflexiona sobre los grandes significados que las palabras pueden tener —después de todo solían encerrar gente aquí por usar palabras. ¿No lamenta que hayan perdido el peso que solían tener? ¿Que, no importa lo que usted diga ahora, no quiere decir nada en realidad?

—En verdad vivimos una época de extraña inflación y, al mismo tiempo, devaluación de las palabras. No hemos tenido siquiera el tiempo para tenerlas en cuenta, porque tantos periódicos han aparecido, tantos comentarios... Es este un período incierto y confuso, cuando mil palabras sabias pueden pasar completamente inadvertidas, y una palabra imprudente puede provocar un furor completamente sin sentido. Dos días más tarde, el furor es olvidado, lo cual es típico de nuestra vida política presente.

—Alguna vez expresó la opinión que cualquiera que se tome seriamente se arriesga a hacer el ridículo. Cualquiera que pueda reírse de sí mismo no se arriesga a hacer el ridículo. ¿Qué tal se complementa ese tipo de sabiduría con el hecho de ser presidente?

—No he perdido mi sentido para ver la dimensión absurda de las cosas. Existe un humor involuntario en muchos de mis momentos públicos en estos días, y estoy bien consciente de ellos, pero no puedo admitirlos demasiado abiertamente. La situación en nuestro país es muy seria y no creo que causara una buena impresión si el presidente fuera alguien que estuviera burlándose siempre de sí mismo. De manera que me lo he guardado de alguna u otra forma, ¿o no es así?

—Existen otras cosas relacionadas con ser presidente. Un colega nuestro descubrió que en su cantina preferida hay una mesa en la que el gerente no deja sentarse a nadie más.

—Esa cantina, debiera usted saber, está muy cerca de donde vivo, lo que significa que siempre fui un cliente asiduo. He sido amigo de la gerente, la señora Beranova, durante años, y en realidad ella se metió en serios líos por tenerme de cliente: fue despedida por una especie de mafia que regenteaba los restaurantes en Praga. Con la revolución, pudo volver, y yo visito su cantina como solía hacerlo, aunque menos a menudo desde luego. Por lo que respecta a esa mesa, tendré que decirle a la señora Beranova que deje que otros clientes puedan sentarse en ella. Siempre que paso por allí, me encuentra un lugar, y yo me sentiría mal si la mesa estuviera vacía durante semanas sólo porque puedo llegar a aparecerme.

—En *Perturbando la paz* usted dijo, y yo cito: "He tenido diversas relaciones sentimentales en mi vida" ¿Ha cambiado de alguna manera el hecho de que usted sea presidente esa afirmación?

—Le voy a dar una respuesta tramposa: no siento que el cargo que poseo haya cambiado nada en mi espíritu o naturaleza.

—¿Le queda tiempo en estos días para el amor?

—Se refiere sin duda al amor por el prójimo, no es así?

—¿Y que otra forma, si no?

—Claro que me queda.